

# CARACTERES DE LA EDUCACION ACTUAL

Por VÍCTOR GARCÍA HOZ

Estamos en un mundo en el cual las cosas cambian rápidamente. Si la educación, de alguna manera, tiene que adaptarse a las condiciones de la vida y la sociedad actual, parece que también tiene que cambiar. Es objeto de preocupaciones la situación educativa, como es objeto de preocupación cualquier otra cosa, cualquier otro aspecto de la vida sobre el cual quisiéramos fijarnos. Y al reflexionar acerca de las posibles adjetivaciones de esta educación en la que estamos embarcados, ya en la segunda mitad del siglo xx, nos encontramos con la posibilidad de utilizar tres objetivos que tal vez nos sitúen en el corazón mismo de los problemas de nuestra educación, de la educación de estos tiempos. Empecemos por decir que la educación de hoy ha de ser educación «abierta», educación «funcional», educación «prospectiva», y terminaremos por afirmar que estos caracteres se resumen en la *educación personalizada*.

El hecho de que la educación sea «abierta» nos pone delante la complejidad de la tarea educativa. El hecho de que sea «funcional» nos lleva de la mano hacia la idea correcta de la trascendencia de la educación. De la trascendencia no en tanto que «importancia» en su significación corriente, sino en la medida en que la educación es algo que no tiene justificación en sí misma. La adjetivación de «prospectiva» nos va a poner sobre la pista de

la necesaria vitalidad social que la acción educativa tiene que tener en el mundo de hoy si no quiere quedarse, como corrientemente se dice, desfasada, fuera de órbita.

\* \* \*

Cuando se habla de «educación abierta», implícitamente se acepta, como decía antes, la complejidad de la acción educativa y la limitación de las personas y entidades humanas. Por estas dos razones, complejidad de la educación y limitación de las entidades educadoras, cualquier acción educativa, si ha de ser eficaz, debe estar «abierta». Abierta para recibir los estímulos de las diferentes comunidades que operan en la educación y para poner en juego todos los elementos y factores que pueden contribuir a la perfección de la persona humana. Abierta a lo que en educación tiene valor permanente y a las innovaciones que la experiencia rigurosa y las modificaciones técnicas de la sociedad y la cultura vayan justificando.

Hay muchos motivos de reflexión sobre la necesaria «apertura» de la educación. Me voy a referir, fundamentalmente, a la influencia de las distintas comunidades en las que el hombre vive; influencia que ya puso de relieve una persona, un hombre venerable y de tradición en la educación española, pero que, cosa curiosa, los pedagogos hemos minimizado. Me estoy refiriendo a don Andrés Manjón, un profesor universitario—esto no se suele tener en cuenta—, profesor de Derecho, cuya mejor obra fue la creación de las Escuelas del Avemaría. Se suele considerar a don Andrés Manjón como un didacta y se le suele minimizar, porque, corrientemente, en los medios pedagógicos, cuando se habla de Manjón, inmediatamente se piensa en la «rayuela» para la enseñanza de la Historia, en los mapitas en relieve y hasta en los versitos que proponía o hacía aprender a los alumnos para que conocieran bien y no se les olvidara los «puntos cardinales», por ejemplo. Y esto es interesante, pero esto es quizá lo menos importante del pensamiento de Manjón.

Manjón tiene una palabra que empleaba con significación distinta de la que hoy le atribuimos. La palabra a que aludo es «coeducación». Cuando Manjón hablaba de coeducación, no hablaba de educación de personas de diferente sexo, sino hablaba del hecho al que quiero referirme, el de que no es sólo la escuela la que educa, de que no es la familia sólo la que educa, de que no es la sociedad sólo la que educa, sino que la educación resulta de la

confluencia de la acción de estas distintas comunidades sobre un sujeto, sobre un mismo niño, sobre un mismo joven, sobre un mismo hombre.

En la problemática técnica de la educación de hoy es fundamental el concepto de «paidocenosis», paralelo al que en Biología se dice «biocenosis»; es decir, un sistema, un conjunto de estímulos educativos que operan sobre un sujeto, para configurar su modo de ser y su modo de reaccionar. Porque en el hombre operan constantemente una serie de estímulos que van dejando su huella. Ningún acto, ninguna situación en la que un hombre se encuentra, pasa sin dejar huella en su personalidad. Lo que hoy somos, la situación en que nos encontramos, es la resultante de toda nuestra historia personal. Lo que ocurre es que la acción de muchos estímulos desaparece de nuestra conciencia. Es, yo creo, el caso de la mayor parte de las relaciones que establecemos, de la mayor parte de los estímulos que recibimos. ¡Cuántas palabras hemos oído a lo largo de nuestra existencia que se nos han olvidado! ¡Cuántas influencias que han desaparecido de nuestra conciencia, que seríamos incapaces de revivir ahora! Y, sin embargo, ahí quedan. Como queda el peso del tiempo, insensible, para ir grabando, poco a poco, las arrugas en nuestro rostro o en nuestras manos. La mayor parte de los estímulos de nuestra existencia desaparecen así de nuestro mundo consciente, pero su huella perdura.

Hay otros estímulos que, por el contrario, quedan exteriorizados, quietos, imborrables. Tal vez una palabra que se nos dijo, una palabra de aliento, una palabra de reconvención. Quizá una situación fuerte, que nos conmovió. Tal vez un espectáculo extraordinario, de cuyo influjo tenemos conciencia y del que decimos muchas veces: «¡Esto no se me olvidará nunca!»

Y tenemos razón al decir esto respecto de muchas situaciones en que nos encontramos. Ahora que ya estamos en la edad adulta, nos acordamos quizá de una palabra que se nos dijo cuando éramos niños, tal vez de una persona con la cual tuvimos un contacto fugaz o temporal, tal vez un libro que leímos, una película que hemos visto, algo sobre lo cual han pasado los años y, sin embargo, sigue viviendo en nuestra consciencia. Somos capaces de evocarlo en cualquier momento, porque es un estímulo que ha quedado en nuestra vida, que ha quedado vivo, entero, lo mismo que, a veces, en la llanura de Castilla, desolada, sin árboles, se ve un árbol, un chopo, un olmo, ahí, solitario en el

paisaje, como si hubiera clavado, desafiando a todos los vientos y a todas las horas.

Pero esto son casos extremos. Entre las dos situaciones aludidas, la del estímulo que desaparece de nuestra consciencia y la del que queda enterizo como una unidad que en todo momento puede llamar nuestra atención o puede ser evocada, existe un mundo intermedio de estímulos que ni desaparecen del todo ni quedan individualizados, sino que se unen entre sí para constiuir como un haz de experiencias que configura en nosotros una determinada disposición en cierto modo permanente. Estos grupos de estímulos generalmente proceden de una comunidad en la cual vivimos durante un cierto tiempo, y que influye en nosotros, configurando, como antes decía, un peculiar modo de ser. Tal es el caso, por ejemplo, de los influjos que se reciben en una familia. Quizá no nos acordamos de las palabras particulares que los padres dicen; de las palabras, a veces insultos, que los hermanos se dicen entre sí. Tal vez no nos acordemos tampoco de las distintas situaciones económicas concretas, por las que los azares de la vida quizá, hacen pasar a la familia, pero en conjunto tenemos consciencia de que, en la familia, hemos vivido contentos o desdichados, de que hemos estado en una situación de estabilidad emotiva o de inestabilidad; de que allí hemos aprendido que lo más importante de la vida, es tal cosa o tal otra, es la honradez o es el dinero. Es decir: no tenemos conocimiento de la existencia de un estímulo aislado, pero sí tenemos consciencia de que hay un haz de estimulaciones continuas, que han dejado poso en nuestra existencia.

¿Quién no recuerda, tal vez, el grupo de camaradas, con el cual convivió a lo largo de un período de estudios?

Grupo de amigos de los que tal vez no se acuerde ya en detalle, pero de los que permanece como el regusto y el recuerdo de que en ese pequeño grupo, libre de las coacciones—y conste que aquí no empleo esta palabra en sentido peyorativo—familiares o escolares, se empezó a vivir la independendencia personal. Y se empieza también a saber apreciar la camaradería y la amistad, y aún quizás la enemistad. Y a saber enfrentarnos con las dificultades, sin tener detrás una persona adulta en la cual apoyarnos. He aquí otra «paidocenosis»: el grupo de camaradas.

Después, el ambiente profesional. ¿Por qué es tan frecuente oír: «los obreros piensan así», «los curas hablan de lo de más allá», «los militares han adoptado tal actitud»? ¿Por qué tiene sentido que se digan estas palabras? ¿Es porque hay un obrero que

ha dicho ésto? ¡No! Es porque hay la conciencia, más o menos clara, de que, por el hecho de ser obrero, se está en un peculiar mundo social que condiciona un determinado tipo de reacciones. En virtud de ello, podemos atribuir un peculiar modo de reaccionar a quienes tienen la condición de obrero, de militar, de cura, de estudiante, de intelectual. He aquí otras típicas paidocenosias, que influyen igualmente en la configuración de nuestra persona.

Claro está que estos influjos no tienen como consecuencia que aprendamos una cosa determinada. Yo no recuerdo de haber aprendido en mi familia tal o cual cosa, de haber adquirido de mis amigos «este» conocimieto particular. No. Se trata de algo más impreciso y, al mismo tiempo, más hondo. Más impreciso porque, como antes decía, no tiene unos perfiles concretos que permitan expresarse con claridad. Pero más hondo, porque sabemos que es algo que existe en nosotros operando constantemente, y que sale a relucir apoyando nuestras reacciones frente a las situaciones en que podamos encontrarnos.

Hoy, que el hombre parece que está conquistando su libertad individual, está rompiendo muchos lazos que le unen a ciertas comunidades, generalmente pequeñas, pero muy influyentes, en la configuración de la personalidad. Rotos esos lazos, familiares, gremiales, de vecindad, el hombre moderno se halla a merced de una multitud de influjos, diversos, más variados, más imprecisos también que los influjos a que se encontraba sometido el hombre de tiempos pasados.

He aquí que la educación de hoy, si quiere ser eficaz, tenga que hacerse cargo de que, por una parte, existe la escuela, pero por otra parte, existe la familia. Mas, ni familia, ni escuela solamente, determinan ahora la estimulación educativa de un sujeto; sino que hay también eso que se llama, por decirlo de algún modo, sociedad o comunidad en general y que está representada por las normas de vida y de trabajo, por los criterios predominantes de una determinada comunidad, por los medios de información y de cultura que se tienen: los periódicos que se tienen a la mano, los espectáculos que se pueden contemplar...

Es esta existencia de estímulos, la que nos obliga a considerar la educación no como la resultante de la acción de un maestro o de un padre, ni siquiera de una escuela o de una familia, sino como la resultante de la confluencia de una multitud de estímulos.

Por otra parte, también, hablar de «educación abierta» nos lleva a la consideración de la existencia de distintos tipos de factores.

Hay en la educación del hombre de hoy muchos factores que quizá pudiéramos resumir en dos tipos predominantes: los factores técnicos y los factores personales.

No vale ya, no podemos en estos tiempos, dejar la educación a la improvisación o al «ángel» particular de un educador, a la improvisación del momento. Porque la técnica es un elemento valioso en manos del hombre, y hoy por hoy hemos de hacernos cargo de que es un elemento con el cual se ha de contar. Pero la vida no es sólo técnica, hay en ella elementos interiores y relaciones directas de hombre a hombre; es decir, elementos personales. La educación resulta no sólo de la influencia de los factores técnicos, sino también de la influencia de los factores personales; no sólo de los factores personales, sino también de los factores técnicos.

\* \* \*

Mas pasemos a otro de los adjetivos de esta educación de hoy. La educación también puede ser adjetivada como educación «funcional». He aquí una expresión que tiene una cierta tradición en Pedagogía. Creo que fue acuñada por Claparède, pero inexplicablemente ha caído en desuso en el campo educativo, mientras ha tenido una fortuna grande en otros campos de la cultura y de la técnica. Buen ejemplo nos ofrece la Arquitectura.

Ahora bien, aun cuando la expresión haya caído en desuso, el concepto está operante en la educación actual.

El hecho de que atribuyamos a la educación carácter funcional implica la idea de que la educación es una realidad que cobra sentido en la vida del hombre.

Lo funcional, ya sabéis, vulgarmente se puede traducir por lo útil, lo que sirve para algo. Técnicamente, podemos decir que lo funcional es aquello que está «en función de». Es decir, algo cuya justificación no está en sí mismo, sino en una realidad distinta. Ciertamente, es un viejo sentido de la educación, que ya puso de relieve—¡cómo no íbamos a evocar aquí ese nombre ilustre!— Séneca cuando en las cartas a Lucilio se quejaba de que la escuela educa para la escuela y no para la vida. Estaba diciendo, implícitamente, que la educación tiene sentido en función de la vida misma del hombre.

Este pensamiento, que revivió en el siglo XIX, sobre todo en la ideología pragmatista, es también un pensamiento común a toda la educación de hoy. Es verdad que algunos niegan que la educa-

ción sea sólo preparación para la vida. No vayamos a entrar en este terreno, pero todo el mundo admite que la educación es preparación para la vida, aunque no sea sólo eso.

La educación es algo propedéutico a la existencia del hombre. Ahora bien, hoy tiene especial interés esta característica de la educación, justamente por la razón a que antes aludí. Por el hecho de que, cada vez más, la vida personal de cada uno depende de la educación que recibe. ¿Por qué estas exigencias que la educación plantea a los gobiernos y a la sociedad humana en general? ¿Por qué este aumento desmesurado en la enseñanza media, en la enseñanza universitaria? Porque de hecho todo el mundo piensa ya que lo mejor que el hombre puede tener, en función de una vida posterior, es una buena educación.

Por supuesto, si esto es así, si la vida de un hombre depende, cada vez más, de la educación que recibe, es menester considerar la educación como algo en función de la vida personal de un sujeto. «De la vida personal de un sujeto.» Por lo cual, a la adquisición de conocimientos y hábitos culturales, objetivos que persigue, sin duda alguna, la enseñanza sistemática, ha de añadirse también la consideración del sujeto como persona, y, por consiguiente, entender la educación no solamente como un proceso de culturalización sistemática, no sólo como un proceso en virtud del cual el sujeto aprende o se incorpora a un determinado mundo cultural, constituido por unos conocimientos sistematizados, por unos hábitos que permiten poseer y desarrollar y utilizar esos conocimientos, sino también por lo que en la vida personal escapa a lo sistemático, por lo que la vida personal tiene de singular.

Porque la vida del hombre no está sólo en el sistema de los conocimientos que sabe, no está sólo en los hábitos culturales que posee; sino que está en esas relaciones siempre cambiantes, siempre nuevas, en que cada día le va a uno poniendo su propia existencia.

De aquí el que si la educación ha de estar al servicio de la persona humana, ha de estar, por supuesto, al servicio de su cultura orgánica, pero también al servicio de esa otra cultura no sistemática que consiste en ser capaz de apreciar una situación, en ser capaz de elegir en cada momento la reacción más adecuada al problema que la vida o la existencia personal de cada uno plantea.

Por esta razón, en una institución escolar donde la educación se proyecte con sentido total, junto a la acción estrictamente docente ha de situarse la acción orientadora. Es decir, el proceso de

ayuda personal al sujeto para que sea capaz de resolver los problemas que su vida, la vida de él y no la de otros, le puede plantear.

La orientación, de algún modo, es acción docente. Cuando orientamos a alguien, le decimos algo, le enseñamos algo.

Ahora bien, la enseñanza en la cual consiste la orientación difiere de la enseñanza sistemática justamente en que no es una enseñanza científica.

Dice nuestro viejo Aristóteles que «de lo particular no hay ciencia», y en la orientación se trata de estimular un conocimiento muy concreto y muy particular: el conocimiento de sí mismo. Si se intenta preparar a alguien para que sea capaz de reaccionar lo más adecuadamente frente a una situación, se ha de empezar por hacerle consciente de sus propias posibilidades y de sus propias limitaciones. He aquí un objeto de enseñanza que está muy olvidado, hemos de reconocerlo tristemente, en nuestras instituciones escolares. «Conocerse a sí mismo.» Porque al escolar se le suele enseñar Aritmética, Algebra o Topología, según el nivel docente en que se encuentra. Pero... ¿quién le enseña a conocerse a sí mismo?

Hay, por supuesto, en la orientación, otro objeto de conocimiento: el mundo en torno del sujeto, el mundo circundante, que es igualmente un contenido particular, porque el mundo circundante de un niño de Córdoba no es el mundo circundante de un niño de Bilbao, ni mucho menos el mundo circundante de un niño finlandés.

Y justamente hacia estos dos objetos de conocimiento, el propio escolar y el mundo que le rodea, se proyecta la acción orientadora.

La acción orientadora es fundamentalmente educativa, y de hecho se encuentra orientación en todo maestro y en toda escuela dignos de este nombre. Porque siempre se encuentra la ocasión de gastar o de emplear unos minutos en hablar con un muchacho acerca de sus preocupaciones, de sus ambiciones, de sus alegrías, de sus tristezas, de sus interrogantes. Y eso es orientar.

Enseñanza y orientación llenan así el contenido de la escuela, el cometido de una institución escolar. Pero no como partes independientes, sino como partes que mutuamente se apoyan.

La orientación, he dicho antes, es una cierta clase de enseñanza. Y, recíprocamente, el proceso mismo de aprendizaje se revaloriza, se hace más eficaz, cuando hay una ayuda personal orientadora del sujeto.

En virtud de esta concepción «funcional» de la educación, la educación de nuestro tiempo, además de introducir al hombre en

los contenidos sistemáticos de la cultura, tiene que preocuparse de cultivar la personalidad singular de cada ser humano, que hoy tiene más libertad y que, por lo mismo, se halla en más riesgo para que sea capaz de acertar en los inciertos caminos de su existencia.

\* \* \*

Los caminos inciertos de la existencia. He aquí una expresión con su buena carga de retórica, pero que nos sirve para entrar en la tercera característica de la educación de hoy. El carácter «prospectivo».

El carácter prospectivo de la educación, ¿qué es?

Ni un sistema pedagógico, ni una filosofía de la educación, ni una técnica determinada. Por ahora, parece que sólo es un movimiento y una preocupación que está cobrando cuerpo a pasos agigantados.

La educación prospectiva nace de la confrontación de dos ideas, una de ellas vieja, a la cual he aludido ya repetidas veces, y otra nueva, actual. La vieja idea es esta senequista de la preparación para la vida. La nueva idea es la de que la vida para la cual preparamos a nuestros escolares de hoy es una vida que no conocemos. De suerte que la educación se encuentra como abocada a la oscuridad. Hemos de preparar para la vida. Y ¿para qué vida? Porque—y de aquí ha surgido esta preocupación—quizá la característica más acusada de nuestra comunidad actual es la de que se trata de una comunidad cuyas condiciones cambian rápidamente.

El cambio siempre ha sido un fenómeno social. Pero durante largos siglos de historia humana los cambios eran lentos. Una generación no era bastante para percibirlos. Corrientemente, el hombre moría en una sociedad cuyas condiciones eran muy semejantes, prácticamente iguales a aquellas en las que había nacido.

¿Cuánto tiempo ha durado el carro de caballos como medio de transporte? Siglos. ¿Cuánto tiempo ha durado el arado romano como medio de cultivo? Siglos. ¿Cuánto tiempo ha durado la familia como entidad en la cual se forjaba no sólo la vida moral de un sujeto, sino la vida económica también? Siglos también.

Es verdad que, en ocasiones, la comunidad humana pasaba por cambios rápidos, pero estos cambios tenían entonces caracteres anormales, catastróficos. Eran las revoluciones. Una revolución implica un cambio rápido, pero una revolución era algo anormal, que duraba un período corto de tiempo, después del cual

las aguas volvían a su cauce, la sociedad volvía a su ritmo lento.

Pero hoy el cambio rápido es el fenómeno normal y corriente. Si tomamos como ejemplo los medios de comunicación, cualquiera puede percibir cómo han cambiado tanto los medios de comunicación física cuanto los medios de comunicación significativa; es decir, los medios de transporte o los medios de comunicación social.

Si el cambio rápido es la característica de la educación de hoy, si la educación, en tanto que preparación para la vida, tiene una necesaria proyección de futuro, es decir, se justifica en un futuro..., ¿qué futuro es éste, que ha de justificar la educación de hoy?

Los que hoy asisten a las aulas como escolares van a vivir como adultos en una sociedad muy diferente de esa en la que se encuentran ahora. Por consiguiente, la educación *necesariamente tiene* que, de alguna manera, prever, con más o menos precisión, esa vida futura para la cual ha de preparar a los sujetos.

Este es el sentido de la pedagogía prospectiva. Una pedagogía que vea, anticipadamente, cuáles son esas condiciones de vida personal y social dentro de las cuales han de vivir los que hoy son niños o jóvenes y que sea capaz de inferir cómo la educación de hoy puede preparar para esa vida que, por ser futura, es desconocida.

En esta prospección social estamos asistiendo a un fenómeno curioso. Ha nacido de una concepción positiva de la sociología, principalmente, y ha nacido en virtud de unas posibilidades que las técnicas actuales ofrecen al hombre de hoy para poder prever situaciones posibles. Ciertamente se puede hablar de una prospección científica, técnica. Pero junto a ella tiene un puesto también la acción adivinadora o profética.

En el delineamiento de la sociedad futura, no sólo hay que oír lo que nos digan las prospecciones científicas, sino que están ahí también los novelistas y los poetas. Es decir, los hombres dedicados a la ficción o a la adivinación, para desvelarnos no lo que necesariamente ha de ser, pero sí lo que posiblemente será.

De este curioso ensamblaje de prospecciones científicas y de adivinaciones no científicas parece que tendremos que nutrirnos para apoyar nuestra acción educativa de hoy.

Yo no sé si éste es un hecho triste o no. Para mí, ciertamente, no es un hecho triste. Porque, sin duda ninguna, si la Pedagogía prospectiva se queda sólo en el campo de la prospección científica, corre el riesgo de considerar que el hombre ha de ser mo-

delado necesariamente por las fuerzas sociales. Cuando lo que ocurre es que el hombre no se modela necesariamente por las fuerzas sociales, sino que sólo está condicionado por ellas. Más aún, el hombre configura a la sociedad. Si hay una configuración personal condicionada por los factores sociales, podemos hablar también de una configuración social condicionada por los factores personales. Es decir, que en el delineamiento de la sociedad futura existen, ciertamente, factores que pudiéramos llamar necesarios, pero también existe eso que se llama libertad humana. Y con ello tendremos que contar.

Una educación prospectiva no habrá de consistir únicamente en capacitar a un hombre para su adaptación a una determinada sociedad, sino también, y sobre todo, en hacerle capaz de influir en la sociedad, empezando, en verdad, por ser capaz de conocerla. Con esto hacemos alusión no a unos conocimientos particulares, sino a unos hábitos.

Porque los que son niños hoy se van a encontrar mañana con unas situaciones que no son previsibles en sus manifestaciones concretas, razón por la cual no tiene sentido intentar suministrarles determinados conocimientos particulares. Lo que tiene sentido es desarrollar su capacidad para que, en cualquier momento, puedan adquirir por su cuenta esos conocimientos concretos.

Mas como no se trata sólo de conocer, sino también de reaccionar, el hombre necesita desarrollar su capacidad de elección entre las múltiples posibilidades que la vida le ofrece. Capacidad de elegir en cada momento, de elegir entre lo real y lo aparente, porque el mundo de hoy es muy complicado. De elegir entre lo importante y lo trivial. Entre lo permanente y lo transitorio. Porque la multiplicidad de posibilidades se puede convertir en multiplicidad de trampas, de ocasiones de fracaso que la vida ofrece. Porque la libertad es riesgo. Pero sólo ella constituye a un hombre en persona. De aquí el poder afirmar que la educación cada vez ha de estar más claramente «personalizada».

VÍCTOR GARCÍA HOZ